

24/1/59

# Francisca Sánchez y el Amor Callado

por Sebastián Salazar Bondy

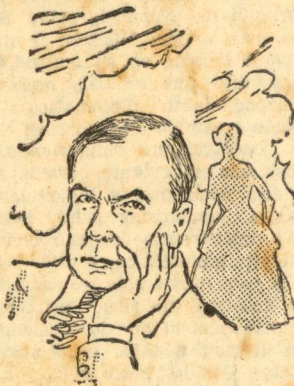
Con versos simples, tiernos, graves, Rubén Darío celebró a una humilde mujer, a la cual el poeta debiera el más fiel amor de su vida. El poema, tráfago impecable del sentimiento del gran escritor, decía así en su estrofa inicial:

**Francisca, tú has venido  
en la hora segura;  
la mañana es oscura  
y está caliente el nido.**

Ella se llamaba Francisca Sánchez y era una joven campesina castellana, analfabeta, que ingresó al servicio de Rubén Darío como criada en 1901. Fue con Darío a París, donde, guiada por su amo y amante, aprendió a leer y escribir. En secreto, el poeta y la muchacha convivieron hasta 1914, año en que se produjo una obligada separación: Darío partió a los Estados Unidos. Francisca, entonces, volvió a Navalsauz, su pueblo natal. Hubo una corta pero intensa correspondencia entre ambos, en la que alentó siempre el deseo del reencuentro y la unión definitiva, pero el triste azar impidió este final rosado de la historia, pues él murió en 1916. Darío cantó en versos conmovedores su pasión hacia Francisca Sánchez —versos que los antólogos han increíblemente desdeñado—, pero el mundo literario, tras la muerte del inmenso modernista, los olvidó y olvidó a su inspiradora, la aldeana de Castilla que brindó desinteresadamente, con dulzura de madre, refugio hogareño al genio de la lengua.

Hace algunos años la profesora norteamericana Evelyn Urham, de la Universidad de Dakota, se propuso localizar a Francisca Sánchez. Tras indagaciones minuciosas dio con ella. La halló vencida por la edad en Navalsauz, cerca de Avila, la villa que la vio nacer. Supo que la modesta mujer amó entrañablemente al poeta, fue su consuelo y su amparo íntimo, le dio un hijo —Rubén Darío Sánchez, que muriera tuberculoso en México, en 1924— y, separada involuntariamente

de él, no lo volvió a ver más. Francisca casó después y vivió pobremente, conservando en un viejo arcón, como un tesoro personal e intocable, cartas y otros papeles de Darío. Vestía, desde el día de su vuelta a España, el habito del Carmen, conservaba ágiles sus facultades mentales y, sin afectar el respeto que le debía a su esposo, como ella campesino, guardaba en la memoria una de-



Darío

voción ilimitada a su señor y amado de París. Algunos pocos visitantes habían llegado antes, y llegaron después, hasta la casita de Francisca Sánchez y encontraron ahí, como la doctora Urham, cordial hospitalidad, aunque nunca acceso al relicario de documentos que el baúl personal guardaba celosamente. Para su dueña, abrirlo era como fracturar para la mirada indiscreta una sección sagrada de su existencia, entregar su corazón desnudo a la curiosidad extraña.

Francisca Sánchez enviudó. Antonio Oliver y Carmen Conde, aquél profesor de la Universidad de Madrid y ésta conocida escritora, sabedores de la miseria por la que atravesaba Francisca Sánchez, acudieron a Navalsauz. La comenzaron a frecuentar seguidamen-

te y, con habilidad y delicadeza, fueron venciendo las resistencias de la anciana ya octogenaria a ceder a la universidad española, a cambio de una ayuda, el archivo que poseía. Al fin se realizó el trato: aceptaba un departamento cómodo en Madrid y una pensión por vida a cambio de su tesoro amoroso. Sus palabras, al concluir el arreglo, fueron grabadas en una cinta. Helas parcialmente aquí: "Pues, sería del destino de la vida, la suerte o, ¿quién sabe?, milagro tal vez mandado por Dios... Mi Rubén me dijo en la última carta: Si vivo, nos iremos a Buenos Aires, y si muero, desde el otro mundo velaré por ti... Esos papeles, esas joyas, ese tesoro, ¿qué será de éstos? ¿Que van a ser víctimas ue quién? Tal vez de los ratones. Estos señores fueron y a pocos días volvieron a visitarme... Yo me veía agotadita... Me veía en esos hielos, en esas nieves de niebla. Y decidí: ¿Para quién soy española? No lo vendo por dinero. No lo doy por dinero que se me ofrece en todas partes. Soy española y debe ser para mi patria".

El documento habla por sí mismo. Su candor, su sinceridad, su honestidad, fluyen de las palabras de este ser que supo realizar para Rubén Darío el prodigio del amor incondicional, el amor que dio al poeta la medida justa de lo humano absoluto, de lo humano pleno y natural, como un agua suave y tranquila de la tierra en medio de la urbe impetuosa y gigante de su maestro Verlaine. Mujer rotunda ésta que no pidió nada a la vida. El poeta escribió de ella versos que bastan para situarla en su enorme trascendencia espiritual, poética:

Seguramente Dios te ha con-  
[ducido  
para regar el árbol de mi fe;  
hacia la fuente de noche y  
[olvido,  
Francisca Sánchez, acompá-  
[ñame.

ula-  
que-  
ral-  
s se  
sian-  
on-  
que  
no  
omo  
sia-